

bre á los ministros del Señor? ¡Ah! Desde que en las Cámaras oficiales se ha gritado, si no con expresas palabras al ménos con hechos reales: ¡Abajo Jesucristo! y los sacerdotes han sufrido el amargo destierro y el inhumano confinamiento; las burlas, los menosprecios, los encarcelamientos y hasta la muerte de los sacerdotes del Señor se han seguido á todas horas y en casi todos los lugares. Ese conato diabólico, tan público, porque desaparezcan de las naciones latinas los clérigos y los religiosos; ese robo tan escandaloso de los bienes de éstos, paliado con la exigua pensión asignada y con la privación de las temporalidades algunas veces; ese triste empeño por lanzar de las Cámaras, de la enseñanza y de la cosa pública á los sacerdotes para encerrarlos en los estrechos límites de la sacristía y del claustro; ese constante trabajo por desacreditarles, valiéndose para el efecto de todos los medios, aún los más inicuos; ese maldito esfuerzo de achacarles las desgracias de la Nación, de las que exclusivamente Ella misma es la causante, ¿no habían de atraer las iras de un Dios, no de piedra y de metal, sino de verdad, que puede y sabe tratar á los pueblos como éstos tratan á Él y á sus ministros? ¿Qué es la España de nuestros días? Abrumada de hambre y de impuestos y, lo que es más sensible todavía, de honda división en sí misma, fraccionada infinitesimalmente, espera con ojos enjutos, y esto es lo más triste, verse de un día para otro hecha presa de potencias ambiciosas, que la uncirán al carro de sus conquistas modernas; y éste será, á no dudarlo, el último castigo que el Eterno la enviará por haber maltratado á la Religión y á sus ministros. Esperemos en silencio la terrible cólera del Señor, que se ha de cernir sobre las cabezas culpables. ¡Que venga, y pase pronto!



XXVII

La dignidad de los templos católicos, por ser moradas de Jesucristo Sacramentado, es altísima; y el respeto que debemos profesar á los mismos es sin comparación profundo.

¡Quam terribilis est locus iste! vere non est hic aliud nisi domus Dei et porta cæli.

¡Oh, cuán terrible es este lugar! Verdaderamente que no hay otra cosa aquí sino la casa de Dios y la puerta del cielo.

GENES. XXVIII, 17.

1. Bendecido el virtuoso Jacob por el hijo de Abraham, partió para la Siria, y caminando hacia la populosa Harán, se detuvo en un lugar, que luego fué llamado Betel, entregándose al sueño que le perseguía. Allí contempló aquella hermosa escala que, partiendo de la tierra, tenía fijados sus límites en el cielo; allí vió que por sus cómodos peldaños subían y bajaban celestiales espíritus; allí pudo entrever al Eterno que, apoyado sobre la última de las misteriosas gradas, le decía: «Yo soy el Señor Dios de Abraham y de tu padre Isaac; Yo daré esta tierra á ti y á tu posteridad; Yo bendeciré y serán benditas en ti todas las familias del mundo.» Jacob, empero, al despertar del dulce sueño, habiendo visto por vez primera los sucesos de ultratumba, se dijo á sí mismo, entre despavorido y temblando: ¡Oh cuán terrible es este lugar! verdaderamente el Señor está aquí y por eso no será otra cosa este paraje sino casa de Dios y puerta del cielo.

2. Estas entrecortadas frases expresaba el hijo de Isaac por haber visto una vez en Betel al Eterno; estas graves palabras decía, impulsado del terror, del respeto y de la veneración que le había causado la presencia de Dios en aquel lugar. A la verdad; razón tenía el Patriarca de Israel para sentir y manifestar temblando sus ideas. Comprendía que Dios se le había aparecido para dispensarle algún beneficio señalado, y esto era un motivo más que suficiente para respetar el sagrado lugar de la aparición; comprendía que este lugar era santo porque santificado estaba con la presencia del Altísimo; comprendía en consecuencia que este paraje venerable debería ser mirado con ojos de piedad y tratado con respeto sumo, no fuera que su divino Morador, en vista del menosprecio ó desacato á lugar tan santo, fulminase terribles castigos temporales y eternos á los profanadores.

Mas, si expresiones tales profería Jacob por habersele manifestado el Señor y haber desaparecido en el momento, ¿cuáles no pronunciaría si Dios se le hubiera declarado, como á nosotros, los cristianos, de un modo perpetuo sobre los altares eucarísticos? ¿Cómo no afirmaría que los templos católicos son verdaderas Casas de Dios, y que son terribles, por hospedarse en ellas sin intermisión el Rey de los cielos? ¿Cómo no aguardaría castigos sin ejemplo para sus profanadores? Nuestros sagrados templos son algo más que simples recintos, algo más que domicilios particulares, algo más que locales oficiales, algo más que palacios reales, algo más que santuarios del espíritu, algo más que oratorios bendecidos; nuestros sagrados templos son algo más: son depósitos de oraciones, arsenales de concesiones divinas, testigos de continuados prodigios, aras purísimas donde el Hijo de Dios es inmolado, alcázares del Rey eterno. Y si todo esto son nuestras iglesias, ¿no merecerán nuestras profundas veneraciones? ¿no merecerán los respetos de todo el mundo? Los disidentes, que han cebado sus furias contra los templos católicos, ¿no han demostrado con su conducta que siguieron la carrera de la demencia, enlazada con la degradación moral más espantosa?

Fundado sobre estas sólidas bases, voy á ocuparme de la altísima dignidad de los templos católicos y de la veneración profunda que se merecen.

§. I.

3. Arraigada en el espíritu del hombre la imperiosa necesidad de desahogarse ante el Ser que le formara, y de buscar en Él su apoyo y defensa, evidente es que, por fuerza, debía llenar estos naturales deberes, no en medio del infernal bullicio del mundo, donde todo disipa, sino en lugares separados del comercio humano, donde encontrase el recogimiento, base de la elevación del alma á Dios. Ved ahí epilogado el origen natural de los templos, lugares dedicados á los ejercicios prácticos de la Religión; por cuyo motivo se denominan iglesias, por las personas que en ellos se congregan, y templos, por los sacrificios que en ellos se ofrecen.

4. Persuadidos estamos, gracias á la Fe divina, que el Excelso se halla en todas partes, llenándolo todo con su inmensidad; pero si es propio de la inmensidad de Dios, dice el Agustino, hallarse necesariamente en todas partes, ha sido también propio de su grandeza consagrarse lugares donde habitase con alguna particularidad. Según esta fiel doctrina, el Excelso ordenó al primer caudillo de Israel que tuviera cuidado de no sacrificar indiferentemente en todos los lugares, sino en los que expresamente el Señor hubiese elegido (1). En un principio eligió el verde campo y el empinado monte donde Abel y los Patriarcas, escogiendo las piedras mejores y más finas las sobreponían unas á las otras á modo de rústico altar en el que, degollando tiernas reses, ofrecíanlas en puro holocausto al Señor. Más tarde escogió la suntuosa Arca de la Alianza, que mandó guardar en el áureo tabernáculo ó pabellón divino; después eligió el templo llamado de Salomón en cuyo lugar más santo ordenó colocar el Arca del Testamento, desde el cual se dejaría oír

(1) Deut. XVI, 2.

el Oráculo sagrado en beneficio del pueblo hebreo, y al que afluiría de todas partes este inmenso pueblo á rendir los homenajes debidos al Dios de los ejércitos. Últimamente, cuando pensó darnos á conocer su Ley perfecta, cuando quiso hacernos gustar sus dulces carismas, extendió su divina Residencia al modo de su misteriosa inmensidad por todos los ángulos y lugares del Orbe. Y si en el campo y en el monte hacía bajar del cielo sus bendiciones á causa de la adoración á Él prestada; y si á la vista de la preciosa Arca, que los querubines velaban con sus alas, el mar encrespado detenía sus montes de agua para dejar libre paso á Israel, y bajaba voraz fuego del cielo que consumía á los prevaricadores; y si en el riquísimo templo de Salomón los prodigios se contaban por millares en favor de un pueblo muchas veces idólatra, en nuestros templos donde por amor á los hombres habita por los siglos Jesucristo Sacramentado, el Hijo de Dios, ¿qué prodigios no se obrarán? qué beneficios no se conseguirán? Si todos aquellos venerandos lugares eran de Dios tan apreciados, ¿no lo serán nuestros sagrados templos?

5. El templo católico es la Casa de Dios. No digamos una palabra de que en nuestras iglesias habita la plenitud de la Divinidad corporalmente, pues éste será asunto de tratarlo después; afirmemos, sí, que en dichas iglesias la Divinidad tiene fija su residencia de un modo particular, porque son precisamente los lugares que Ella ha elegido para recibir las adoraciones de los hombres, y donde tiene puestos los ojos y presta mejor la atención que en otras partes. El desterrado de Patmos había consignado que nuestros templos son el tabernáculo de Dios con los hombres (1); y el sagrado libro del Eclesiastés había expresado que son verdaderas Casas de Dios (2); por esto aconseja que observemos nuestros pasos cuando entremos en esta divina Casa. Ninguna autoridad, empero, como la de Jesucristo, presta mayor luz al asunto cuando, al ocuparse de los ho-

(1) Apoc. XXI, 3.
(2) Cap. IV, 17.

nores que merece el lugar destinado para el verdadero culto, ha dicho: Mi casa es casa de oración (1). Advertid que no dice, el templo, sino mi casa; luego los templos católicos son casas de Dios.

Al indicar Jacob que Betel era casa del Altísimo fué porque la majestad del Señor se había hecho presente en aquel lugar; de ahí que éste fuera santo y terrible. Lugar verdaderamente terrible y digno de toda reverencia es el templo cristiano, añade S. Bernardo, al que nadie puede llegarse sin un temor respetuoso, supuesto que es habitado por varones fieles, frecuentado por los ángeles y honrado con la presencia del mismo Señor (2). Si las Sagradas Letras, algunas veces hablan en general de lugares santos es porque estos lugares son casas de Dios, pues en verdad únicamente debe ser santo por antonomasia aquel lugar que está habitado por el Santo de los santos, por Jesucristo, Hijo de Dios. En este concepto, dice S. Agustín, que los malos cristianos hacen de la Casa de Dios, cuanto está de su parte, una cueva de ladrones.

Persuadidos, por consiguiente, estamos que las iglesias de los católicos son verdaderas Casas del Omnipotente, pensamiento que arrastra consigo otro no menos consolador y que nos hace ponderar cuánta será la excelencia de estas divinas moradas. El templo, casa de Dios; ¡qué santo, qué terrible, qué excelente! Es un cielo limitado, tan digno de aprecio como el cielo de los bienaventurados; porque si la dignidad de éste dimana de la presencia de la Divinidad, esta misma presencia se halla de un modo extraordinario en nuestros lugares de adoración.

6. Los templos católicos son Casas de Dios, con más propiedad que las sinagogas, por residir en ellos Jesucristo Sacramentado. En las sinagogas se manifestaba únicamente la gloria del Señor (3); era la majestad del Señor la que lle-

(1) Math. XXI, 13.
(2) Serm. de Dedic.
(3) Agg. II, 8.

naba el templo (1), y por esta razón eran sagrados; pero en los templos católicos está corporalmente Aquél que dijo de sí propio:—Yo soy la vida. Sin mí nada podéis ejecutar. Soy una cosa con el Padre.—Aquél que curaba paralíticos, y daba oído á los sordos, y habla á los mudos, y vista á los ciegos y vida á los muertos, es el mismo que reside en nuestros sagrarios día y noche; y antes faltarán las cosas existentes que dejarán de cumplirse estas palabras suyas: «Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.» Y, al considerar al Hijo de Dios humanado, realmente presente en nuestros altares; al contemplar que sus divinos ojos observan nuestras indigencias; al ponderar que en el tabernáculo existe un finísimo amigo que nos acompaña en las tribulaciones y que endulza nuestras amarguras; al meditar, finalmente, que ese mismo Señor Sacramentado se inmola millares de veces al día por nuestra salvación, el corazón late, las entrañas se enternecen, á los ojos se asoman dulces lágrimas capaces de hacer llevaderos con la mayor resignación los contratiempos de la vida, y el espíritu se eleva á su Criador para unirse á Él mediante ese divino Sacramento, anillo de oro que eslabona al cielo con la tierra, á Dios con el hombre. Entonces el cristiano sabe ponderar el mérito de nuestros templos; entonces recuerda que en todo el mundo no hay nación tan favorecida del cielo como las católicas naciones. Sí; cada templo cristiano es una fortaleza, un consuelo, un tesoro, una bendición. ¡Ah! si los degradados musulmes, si los infelices indios, si los pobres infieles se persuadieran que en sus mezquitas, en sus pagodas, en sus lugares de oración respectivamente se halla la Divinidad, no ya inmensamente, sino corporalmente en Jesucristo, ¿qué gozo, qué satisfacción no tendrían y qué temor saludable no profesarían hacia ellos? Mas recojamos para luego estas conclusiones, á saber: que estamos firmemente persuadidos que en nuestros templos está realmente presente el Hombre-Dios; y que en los

(1) II Paralip, VII, 1.

mismos lugares obtenemos mayores beneficios que en otras partes.

¶ Para hacer resaltar esta conclusión última no tengo más que indicar que si en todas partes quiere Dios le pidamos mercedes, más particularmente desea se las pidamos en el templo, porque el templo es casa de oración y en él ha prometido oírnos el Señor. «El Excelso, dice S. Agustín, puede ser rogado, bendecido y adorado en todas partes; todo lugar es digno de Él, porque todos los lugares son obras queridas suyas.» Moisés ora en el templo, y Josué en la llanura; Ezequías pide la salud desde su mismo lecho, y Job la solicita desde el muladar en que tendido estaba; Manasés suplica desde un oscuro calabozo, y los tres santos jóvenes de Babilonia efectúan esto mismo desde el horno encendido. En todo lugar podemos impetrar los auxilios divinos; pero como Samuel y Ana hemos de ser asiduos en el templo para escuchar la voz del Señor que nos habla al corazón. Dije que el templo es casa de oración. El mismo Salvador la designa con este nombre para manifestarnos que debemos congregarnos en el templo para orar á su imitación, y por esto especialmente afirmó Él que si dos de nosotros nos juntásemos para orar conseguiríamos nuestras súplicas. Ahora bien; el templo es el lugar más á propósito para congregarnos, para solicitar juntos las gracias celestiales, para unirnos en espíritu con el celebrante, y éste y todos los fieles con Jesucristo Víctima, con Jesucristo Medianero, á fin de que nos alcance del Padre los auxilios oportunos.

Tertuliano afirma que en los templos católicos está Dios como empeñado á oírnos más eficazmente; y por la Escritura consta que Dios prometió á Salomón que si su pueblo, haciendo penitencia de sus pecados, le pidiera en el templo gracias tanto espirituales como temporales, sería propicio á su oración, porque Él había elegido el templo por casa suya. Si privilegio semejante otorgó al pueblo israelita, ¿no lo concederá al pueblo cristiano? ¡Ah! Jesucristo cumple en la Nueva Ley los símbolos de la Ley Antigua que á aquélla se referían, y símbolo hermoso fué prometer que nos oiría en los

templos con mejor agrado que en otras partes. Mi casa, dice el Salvador, es casa de oración; en ella, todo el que pide recibe, el que busca halla y al que llama le abren; ¡oh qué testimonio tan consolador! Particularmente en las calamidades públicas, aquellos mismos individuos que en tiempo de paz apenas se acordaban del templo santo, aquéllos que con su depravada conducta parecían no persuadirse de la providencia de Dios en los templos católicos, esos mismos acuden á la Casa de Dios, y, postrados ante el altar eucarístico, y asociándose á la oración de los demás fieles, piden é instan al Altísimo, hacen penitencia de sus pecados, medio más á propósito para mover el brazo divino, y logran al fin sus buenos deseos.

8. Pero, no está dicho todo: en el templo se dispensa además la Gracia de los Sacramentos. Si la excelencia de los templos católicos y la veneración que les debemos se hubiera de medir por la dispensación que en ellos se hace de los sacramentos, no tendríamos bastantes lenguas para encomiar su elevada dignidad y para rendir gracias al Ser Supremo por las mercedes que en los templos se nos conceden. Los santos Sacramentos, límpidas fuentes de Sangre divina que manan del augusto Costado de Jesucristo, ríos inagotables de celestiales carismas y de provechos temporales, se nos ministran en los templos cristianos. Por ellos corre el agua que salta hasta la vida eterna, que quien la beba jamás tendrá sed (1). Fijaos en un individuo que abre los ojos por vez primera á la luz natural y le encontraréis infiel y enemigo de Dios; pero muy pronto entra en el templo y es lavado de sus negras manchas; esa criatura ha sido vestida con el niveo ropaje de los hijos de Dios. Si fallece, ¡qué dicha! pasa á regiones celestiales donde los ángeles le llevan sobre sus etéreas alas al trono del Altísimo para gozarle eternamente; si sobrevive, es armado en el templo, de allí á poco, contra las terribles sugerencias diabólicas, es confirmado en la Fe católica. Quizá entrado ya en razón, pero careciendo

(1) Joan. IV, 13.

de suficiente virtud para rechazar briosamente las asechanzas de sus espirituales enemigos, cae infelizmente en el lazo preparado y pierde la inmaculada inocencia, ¿creéis que esa desgraciada criatura no puede más levantarse? Que vaya al templo santo, que se postre á los pies del ministro de Jesucristo, y ese individuo que está marcado con el estigma del pecado, si logra confesarlo debidamente, es reintegrado en los derechos de hijo del Altísimo. Pero Dios quiere acercarle más á su Corazón; le convida en el templo á un Banquete eucarístico, y el cristiano participa efectivamente en la Casa de Dios del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo que le nutren, le fortalecen y le endiosan. Y si llegara á encontrarse en grave peligro de morir, entonces, cuando las tentaciones son más vehementes, cuando la fortaleza se debilita, cuando se teme por la salvación propia, es cuando el sacerdote toma del templo el Óleo santo y unge al cristiano para que experimente efectos contrarios á las calamidades anteriores. ¿Se necesitan ciertamente Ministros sagrados? ¿Es indispensable la propagación humana? Pues ambos fines se consiguen respectivamente en el templo de Dios, mediante los Sacramentos del Orden y del Matrimonio. Todo el bien del hombre se halla en el Templo cristiano. ¡Cuán digno, pues, no será el templo católico!

§. II.

Una dignidad altísima, empero, exige lógicamente una veneración inmensa; los templos católicos, no sólo son excelentes, sino santos; preciso es, por consiguiente, que les guardemos el honor conveniente.

9. Lo pide su misma dignidad. Hemos estudiado que el templo es Casa del Señor; que en él reside, no ya la gloria de Dios, sino su mismo Hijo divino Sacramentado. ¡Con qué respeto no deberemos, pues, saludar los templos! con qué devoción no entraremos en su interior! con qué silencio, compostura y recogimiento no estaremos en los mismos? Los templos católicos..., palacios del Rey de los reyes...! ¡Qué bellos son, qué venerables! ¡qué ideas tan ele-